



INNOVACION Y EXPERIMENTACION EN LA PRODUCCION DE MATERIALES DIDACTICOS PARA ALFABETIZACION Y POSTALFABETIZACION

Raúl Vargas Vega

Este artículo fue presentado en la XIII Reunión Técnica de Educación de Adultos del Programa Regional de Desarrollo Educativo (PREDE), llevada a cabo del 1 al 9 de octubre de 1987 en la ciudad de Buenos Aires. Dicha reunión tuvo por título "Reflexiones críticas en torno del Quinquenio de la Alfabetización de las Américas", y fue realizada como parte de las actividades de este quinquenio, establecido por la Asamblea General de la OEA en el año de 1985 con la finalidad de fortalecer las acciones de alfabetización en la Región.

Hace más de cinco años estuve interesado intensamente en aventurar algunas ideas respecto a los materiales educativos que se usaban en la Región para los programas de alfabetización y postalfabetización. Entonces, como ahora, me surgía una perplejidad: los materiales, siendo un instrumento de ayuda para la

acción educativa y alfabetizadora, eran la demostración más palmaria de la distancia que media entre la teoría y la práctica educativa.

Se ha reseñado ya la pérdida de la ilusión con respecto a la tarea alfabetizadora: del marco del optimismo hemos pasado al del pesimismo y la incertidumbre, por lo menos en lo que se refiere a las posibilidades de dirigir desde la exclusiva competencia gubernamental o pública una exitosa labor de extinción del analfabetismo. Ello se refleja también, en la naturaleza de los materiales que se emplean y en la aún más apremiante búsqueda de formas para producirlos, generarlos y usarlos con originalidad y suficiencia. En lo formal, los cuadernos, cartillas, manuales, lecturas de afianzamiento, guías, etc., son más pobres en calidad, forma, número, diseño y pretensiones que en el pasado inmediato. Se habla incluso ahora, como tratando de darse un respiro, de la página en blanco como el medio más adecuado para que animadores y alfabetizandos hagan su propio material, fruto de una feliz interacción liberadora y creativa. Estamos pues, bastante lejos de la descomunal competencia por alentar la producción masiva de materiales impresos coloridos y voluminosos, lejos también de satisfacer mediante la TV, radio, video o audiovisuales, programas de alfabetización ambiciosos.

Han cambiado los medios y las disponibilidades financieras pero no los problemas ni los enfoques tradicionales, que persisten amenazantes en hacer poco viable el éxito alfabetizador desde la esfera oficial. Es más, la distancia que se observa entre las modernas técnicas comunicativas y el empleo de medios y materiales para la educación es abismal y dice elocuentemente lo mucho que falta avanzar por ese camino.

No basta señalar la falta de dinero; hay falta de imaginación y de espíritu de aventura, en fin, la vivacidad de la creación y del compromiso. Hay dos hechos mencionados ya aquí, en estos días, que en nuestro concepto son claves para situar la reflexión. La primera es que se admite ya una mayor eficacia por parte de las acciones educativas no formales y no oficiales en la lucha contra el analfabetismo. La segunda tiene que ver con el análisis que hoy se hace sobre la naturaleza de la educación de adultos y la clara vinculación que ésta tiene con un esfuerzo democratizador y participativo de la sociedad en su conjunto.

De las organizaciones no gubernamentales, interesa remarcar aquellas que son fundamentalmente populares, y cuyo origen normalmente no parte de la educación sino que arriba a ella en el camino de reivindicar el protagonismo de la base en su propio desarrollo autogestionario. Interesa también el alto contenido educacional que supone toda la economía informal de los sectores marginales. En algunos países de la Región se ha comparado este crecimiento insospechado de la informalidad con una auténtica revolución que, subterránea pero indesmayablemente, socava las bases del Estado paternalista y le ofrece respuestas alternativas. En la medida en que el Estado es incapaz de atender sus obligaciones sociales, la informalidad se constituye en la instancia más elemental, pero

no por ello menos significativa, en la lógica de la sobrevivencia y la incorporación a la sociedad nacional

Comoquiera que todo esto hace prever que en los próximos años se acrecentará el fenómeno, consecuencia de la crisis, los educadores de adultos deberíamos prestar la mayor atención a la forma en que los informales, los condenados de la tierra, se educan en la emergencia y en el conflicto, en un proceso que nada tiene que ver con la escuela, ni con el Estado, ni con los sectores modernos, ni con las élites de poder. Para nosotros, éste es el signo educativo espontáneo más complejo e incisivo, que debe ayudar a redefinir lo que entendemos por educación de adultos, lo que entendemos por educación pública, y lo que está detrás del acerto expresado por Eugenio Rodríguez cuando postula devolver a la sociedad su responsabilidad y sus potencialidades educativas.

En realidad, este proceso de emergencia de respuestas y de soluciones educativas a contrapelo y muchas veces en sustitución del esfuerzo siempre limitado del Estado, no es nuevo. Conforme lo ha descrito para el caso argentino María Teresa Sirvent, los migrantes rápidamente se asocian, como un mecanismo de autodefensa, para hacerse de la ciudad y desarrollan cientos de mecanismos educativos que, por lo general, el Estado mira con desconfianza y recelo, en la misma medida que escapan a la norma que éste quisiera universalizar e imponer.

La pobreza política que en algunos casos caracteriza a los movimientos populares y asociativos informales es relativa, porque en verdad no procede de sus miembros necesariamente, sino que ha sido premeditadamente provocada por la instancia gubernamental, de un lado, y porque antes, en algunos momentos de prosperidad nacional, no fue necesario acelerar la presión y multiplicar el vigor político de estas instituciones. En este terreno, la educación de adultos ha tenido mucho que ver en el desmontaje de las opciones populares para afianzar el control social desde el Estado.

Hoy día sabemos que el gran vuelco conceptual con respecto a la educación de adultos reside en ver en ésta un espacio de confrontación social, donde se debaten la libertad, la democracia y la justicia social. En la educación de adultos el componente político, ideológico y cultural se torna problemático y problematizador. Se han sucedido modelos, estrategias y métodos que en lo fundamental querían restablecer un ideal orden perdido, retener a los analfabetos en sus lugares de origen, impedir el desorden de la invasión de la informalidad a los predios urbanos de la modernidad.

Civilización *versus* barbarie. Métodos, currículos y materiales tenían por objeto adaptar, mimetizar, civilizar al buen salvaje que ya no sólo era arisco sino también contestatario, reivindicador. Cuando esa experiencia no funcionó, se pensó en formas aún más autoritarias, que bien conocemos en nuestro país: la

domesticación educativa se correspondía y todavía se corresponde bien con la dictadura de los autoritarismos.

La perspectiva actual, sin embargo, ha cambiado en la medida en que se espera consolidar procesos democráticos, si bien cercados por la carencia económica y por los conflictos sociales; no es sólo la pobreza, también el conflicto y la sobrevivencia. En ese marco, los objetivos de la alfabetización, acaso de todo el sistema educativo, se orientan a educar para la libertad.

Ustedes se estarán preguntando con razón qué tiene que ver todo esto con los materiales educativos. En realidad sí tiene que ver, pero de modo indirecto. De hecho, los materiales son instrumentos complejos de una política.

Pero así como hay un fetichismo de la letra impresa, hay un fetichismo de los medios y materiales que les atribuye cualidades educativas perfectas con prescindencia de todo lo demás.

En situación de pluralidad lingüística el asunto se complica todavía más. En este punto se hace necesario pensar que los materiales educativos suponen una técnica específica, que tampoco es neutra, y una relación dialéctica entre los contenidos y la manera como éstos son fraseados y presentados. Se podrían pensar muchas formas alternativas de uso vital y liberador del lenguaje, como de hecho se ha intentado en muchas experiencias en la Región. Y a partir de estas experiencias desearía mencionar algunas exigencias.

Los materiales educativos deben ser concebidos como parte de un esfuerzo a desarrollar por los alfabetizadores para apropiarse de diversos códigos comunicativos, algunos de los cuales ya conocen a plenitud -como es el caso de la palabra hablada y de la representación iconográfica, simbólica y realista-; existen, sin embargo, otros que están en vías de ser conocidos, como las emisiones radiales y televisivas, la propaganda impresa y, a veces, los diarios y revistas.

Convendría explorar por eso, la generación de materiales educativos tanto por parte de los alfabetizadores como de los alfabetizados, comparando la efectividad de ambos y siempre dentro de una perspectiva que trate de canalizar y precisar un lenguaje en el que agentes que no han participado jamás en la difusión comunicativa digan lo suyo a los demás; enseñar el uso y las técnicas de comunicación; desmitificar y desacralizar los medios, dándoles su estricto carácter operativo, e incrementar una relación cada vez más amplia con mayores sectores sociales, creando condiciones reales de alternatividad comunicativa.

Otro aspecto central en nuestra discusión es el referente a los contenidos curriculares, debate intenso que difícilmente podríamos agotar ahora, pero a partir del cual deberíamos poder señalar que es preciso combinar en él, en la confección curricular, la afirmación del mundo cultural de los alfabetizados, en el propósito de hacer una educación afirmativa de nuestra identidad nacional, con el en-

cuentro con la modernidad. En realidad, nuestra educación nacional tiene que ser alfabetizada en lo que realmente somos, en nuestras raíces culturales propias y en las heterogéneas culturas que componen nuestros países, especialmente en aquellos en los que existen etnias prehispánicas. Pero al mismo tiempo, tenemos que aceptar que nos es urgente acercar nuestro atraso a la modernidad. “Ser intensamente nacionales para ser provechosamente universales” decía Alfonso Reyes graficando la combinación de ambas variables que, por una suerte de error metodológico, en algún momento de la educación de adultos se han entendido como excluyentes.

Contenidos y materiales deberían concebirse con el fin específico de demostrar la utilidad real de la cultura en la vida diaria, pero también de establecer el enlace entre la cultura popular y la cultura general, a partir de las siguientes oposiciones o complementaciones: intereses locales y grupales por determinadas lecturas, las ediciones masivas de lectura en un mercado de consumo, cultura humanista, cultura científica, aspectos locales, aspectos globales, elementos de la cultura rural, elementos de la cultura urbana, orientación masiva, orientación especializada, lo masculino, lo femenino, tendencia ecológica y preservación de la naturaleza, la apertura a la industria y al consumo, objetivos de la producción, la distribución de los bienes, la discriminación de la información, definición de identidades, formas de la cultura popular, formas de la cultura contemporánea.

Finalmente, una última observación. Cualquier programa de alfabetización tiene que contemplar, estratégica y metodológicamente, la producción de materiales impresos para neolectores en número y diversidad suficientes como para garantizar que la cultura alfabeta sea una realidad cotidiana en aquellas áreas donde tradicionalmente no ha llegado ningún impreso. Comoquiera que esta producción preferentemente ha de ser tarea de escritores grafistas e historicistas populares, hay un amplio campo de animación cultural mediante talleres, concursos regionales y aportes de jóvenes productores de literatura para neolectores. La alfabetización en última instancia no es sino el inicio de una acción social y educativa en que la comunidad de base y el Estado pueden concurrir para generar una cultura alternativa a la de masas. Ese es el gran desafío para continuar y afianzar la lectura no sólo en los neolectores sino en una legión de sectores populares hoy marginados de bienes culturales mínimos, como la prensa local y regional, libros prácticos y versiones simplificadas de la literatura y la historia local, regional y nacional.

Alfabetizar implica reiniciar una batalla olvidada en nuestros países, la del libro; con razón decía Borges que “de los muchos instrumentos creados por el hombre, ninguno es susceptible de compararse con el libro, porque éste, a diferencia de los otros, no es una extensión de nuestro cuerpo sino una extensión de nuestra memoria, de nuestra imaginación y de nuestra libertad”.